

La Comédiathèque

Crisis y Castigo

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

**Este texto se puede leer gratuitamente.
Sin embargo, cualquiera representación pública,
sea profesional o aficionada (incluso gratuita)
debe ser autorizada por la Sociedad de Autores
encargada de percibir los derechos del autor
en el país de representación de la obra
Contactar con el autor:
martinezjp@free.fr**

Crisis y castigo

*Un actor en paro es contratado por una banca en quiebra
para servir de chivo expiatorio.
La pesadilla tan sólo acaba de comenzar...*

PERSONAJES

Jerónimo: el actor
Claudia: la gerente (o el gerente)
Dominga: la secretaria (o secretario)
María: la mujer de la limpieza
Marisa: la mujer del actor
Bernarda: la primera cliente
Magdalena: la segunda cliente.

*Los personajes de María, Marisa, Bernarda y Magdalena
pueden ser doblados por la misma actriz.*

Despacho sobrio pero imponente: una gran mesa con un teléfono que hará también las veces de interfono. Se diferenciarán las llamadas por medio de un botón rojo y otro verde, un sillón de ruedas giratorio, acolchado, un velador en el que hay una especie de termo de aluminio y un marco con el retrato de un hombre colgado en la pared. María barre el suelo cuando entra Claudia vestida con traje de chapeta (con traje de chaqueta y chaleco, si se trata de un hombre).

Claudia – Me alegro de verla, María.... Tengo que decirle algo...

María deja de barrer.

María – Usted dirá, señora.

Claudia – ¿Cuántos años hace que barre para nosotros?

María – No lo recuerdo con exactitud, señora. Muchos, esos sí... ¿No está usted contenta con mi trabajo?

Claudia – No es eso María. Precisamente quería felicitarla. ¿Conoce usted el lema de nuestro banco?

María – Barrer para casa.

Claudia – ¡Justamente eso! Gracias a usted el Crédito Solidario siempre está impecable. Y, la limpieza en un banco es como su escaparate, ¿No le parece? Si el escaparate de un banco no estuviera impecable, los clientes podrían pensar que...

María – Que tampoco los banqueros son limpios...

Claudia – ¡Eso es! Veo que lo ha comprendido perfectamente, María.

María – ¿Puedo seguir con mi trabajo, señora?

Claudia – Espere un poco, María...

María – Pues... Usted dirá, señora...

Claudia se aclara la garganta

Claudia – Como usted sabrá, querida María... Mejor aún, Mi muy querida María... Incluso, diría yo, mi muy amada María... Pues, como le decía, usted sabrá que estamos en crisis.

María – ¿No me diga?

Claudia – ¡Sí, en crisis, María! Aunque usted no lea la prensa económica todos los días, seguramente habrá oído hablar del tema. Pero, ¡qué tonta soy! Usted es marroquí, María, ¿no es así?

María – Soy portuguesa, señora.

Claudia – ¡Pues, todavía mejor! He querido decir, todavía peor... Portugal es el país más tocado de la zona euro. ¿Supongo que estará al corriente?

María – Pues... Francamente no, señora

Claudia – En resumen, se trata de la recesión y el mundo de las finanzas es el que más se ve afectado por el descenso general de los valores....

María – ¿Valores?

Claudia – Me refiero a la bolsa. Lógicamente usted de eso no entiende. De la depresión económica a la otra depresión no hay más que un paso. Cuando la bolsa está a la baja, la moral también lo está. Y cuando la moral está por los suelos, la crisis moral también está cerca.

María – Si usted lo dice, señora.

Claudia – ¿No me diga que no se siente un poco deprimida?

María – Voy tirando, señora. No me quejo....

Claudia – ¡Perdóneme, María, pero si no hay más que verla así, con su escoba, para darse cuenta de que no está rebosando de alegría!

María – Seguramente es porque estoy un tanto cansada... A fuerza de barrer delante de la puerta....

Claudia – Todo esto para decirle que nuestro banco no está preparado para la tormenta que se avecina... y que debemos hacer también nuestros cálculos. Lo comprende, ¿verdad?

María – Si, señora...

Claudia – Para su bien, María, el Crédito Solidario ha debido tomar ciertas medidas, quizá un tanto dolorosas, con el fin de poder conservar su empleo. Un empleo, que ahora puedo decírselo, se había visto seriamente afectado.

María – Gracias, señora...

Claudia – Por lo tanto, tengo el placer de anunciarle, María, que no tenemos la intención de despedirla.

María – Trabajo en negro, señora.

Claudia – Sea como sea, puede usted seguir barriendo mi despacho hasta nueva orden y, ¿quién sabe? quizá un día la deje barrer el despacho del señor director.

María – Gracias, señora...

Claudia – Evidentemente, el Crédito Solidario espera de usted un pequeño sacrificio para ayudarnos a conservar el empleo en el país. Porque, sin empleo no existe el poder adquisitivo y, sin poder adquisitivo se pierde la confianza y, sin confianza, no hay empleo. Es el círculo vicioso de la estanflación. ¿Me sigue?

María – Al menos, lo intento, señora...

Claudia – Comprendo que esto le sobrepase, mi pobre María, pero le aseguro que puede confiar en mí... Voy a intentar que me comprenda... A cambio de conservar su empleo, el Crédito Solidario le propone bajarle el sueldo un treinta por ciento. Imagino que le parecerá razonable, ¿no es así?

María – ¿El treinta por ciento?

Claudia – Un tercio del sueldo actual, si lo prefiere.

María – ¿Un tercio menos?

Claudia – Pues... así es. Tiene que pensar que, en los tiempos que corren, no abundan los empleos de limpiadora, María. No es de extrañar que, dentro de poco, incluso trabajando en negro, le pidan el título de bachiller. Eso, además de tener un buen enchufe... Por cierto, ¿es usted bachiller?

María – No, señora...

Claudia – Supongo que no conocerá a nadie en las altas esferas...

María – Pues no, señora...

Claudia – Y, por lo que respecta a su promoción, querida María, y con esto no pretendo que se sienta mal, tampoco estoy segura de que todas las bazas estén a su favor.... ¡Qué le vamos a hacer! Es así... La gran lotería de la vida...Ni siquiera el Crédito Solidario podría cambiar las cosas... Algunos nacen en Suiza con un apellido de muchas sílabas y un físico fuera de serie y otros... En resumen, supongo que estará usted de acuerdo en que mi propuesta es de lo más generoso... ¿Qué piensa de todo esto?

María – ¿Qué qué pienso, señora?

Claudia – Sí, María... Aunque realmente no es en absoluto necesario que piense. Pero, yo voy a escucharla. Vivimos en una democracia y ese es mi deber....

María parece reflexionar.

María – ¿Qué es lo que pienso...?

Claudia – Algo tendrá que pensar, digo yo...

María – Pues pensar sí que pienso, señora... (*María la amenaza levantando la escoba*) Esto es lo que pienso, señora!

Claudia – ¿Se ha vuelto loca, María?

María persigue a Claudia con la escoba hasta que ésta desaparece entre bastidores.

Claudia – Pero, María... ¡Cálmese! Tan sólo le he hecho una propuesta! Pero, no se preocupe... Nosotros también sabemos escuchar a nuestros empleados!

Se escucha los gritos de Claudia entre bastidores.

Claudia – ¡Ayyyyy!! ¡Noooo...! ¿Y un 20 por ciento?

María -- ¿Quiere que la siga zurrando?

Claudia – ¿Y el diez por ciento?

María – Diez por ciento, pero de aumento

Claudia – La verdad es que no sé si...

Entran de nuevo en escena. María sigue amenazando a Claudia con la escoba

Claudia – Está bien, María... Hay que saber llevar a buen puerto una negociación... Asunto zanjado... El Crédito Solidario aumentará su salario en un 10 por ciento.

María – Así está mejor, señora.

Claudia – La verdad es que, María, es usted dura de pelar... También sabemos apreciar ciertos rasgos de carácter en nuestros empleados y usted ha demostrado tener un par de...

María – Muchas gracias, señora.

Claudia – ¿Qué le parecería hacer un master de formación, totalmente pagado por la empresa? Podríamos contratarla para nuestro Servicio de Morosos. Con esto de la crisis cada vez hay más facturas impagadas...

María – ¿Es que quiere que vuelva a atizarla con la escoba?

Claudia se aleja por si acaso.

Claudia – No se hable más del asunto. La dejo que siga con su trabajo...

María – Gracias, señora.

Claudia sale de escena bajo la mirada atenta de María que no le quita ojo.

Aquí puede intercalarse un intermedio musical y/o una coreografía, Podría recurrirse al guiñol con Claudia volviendo a la carga y María dándole escobazos, al estilo de los guiñoles habituales donde es la policía la que recibe los golpes.

Oscuro

Entra en escena Dominga, una especie de caricatura de secretaria amanerada y lame culos. Lleva un expediente en la mano. La sigue Jerónimo, visiblemente incómodo. Lleva un traje que le queda pequeño y una corbata deslucida. Un supuesto empleado importante.

Dominga – Por aquí, por favor... Este es su despacho, señor.

Jerónimo (*sorprendido*) – ¿Mi despacho? ¿Está usted segura?

Dominga – Comprendo que resulta un tanto austero, pero se puede mejorar colgando algunos cuadritos.

Jerónimo – Pues... Si...

Dominga – Quiero advertirle, sin embargo, que en este despacho no conviene tener ni tiestos ni jarrones con flores.

Jerónimo – No sabía...

Dominga – Vamos, que no conviene tener nada susceptible de serle lanzado a la cabeza.

Jerónimo – Por supuesto...

Dominga – Tampoco conviene dejar en la mesa ningún tipo de cortapapeles y, ni siquiera una grapadora.

Jerónimo – Mi esposa también detesta que deje por ahí mis cosas.

Dominga – Es decir, todo aquello que pudiera ser utilizado como arma arrojadiza.

Jerónimo la mira, inquieto.

Dominga – Bueno... Doña Claudia le explicará.

Jerónimo – ¿Doña Claudia?

Dominga – Es la jefa de servicio. Ella es la que le ha contratado. No está aquí de momento, pero no tardará en llegar.

Jerónimo – De acuerdo... ¿Y cuál es su cargo en la empresa...?

Dominga – Gestión de Patrimonio.

Jerónimo – Comprendo...

Dominga – Digamos que ayudamos a la gente rica a que sean mucho más rica.

Jerónimo – Noble misión... ¿Y qué tal va?

Dominga – Regulín, regulán, por desgracia... Por eso le han contratado ¿no es así?

Jerónimo – ¿No me diga? La verdad es que no tengo ni idea... Yo me apunté en la oficina del paro y me enviaron aquí... ¿Está usted segura de que no se trata de un error?

Dominga – ¿Un error? ¡Qué idea tan descabellada! ¿Por qué iba a tratarse de un error?

Jerónimo – Digamos que no tengo la impresión de que yo pueda encajar en este trabajo...

Dominga – Puede estar seguro de que no se trata de ningún error, señor Carpintero.

Jerónimo – Zapatero. Mi apellido es Zapatero.

Dominga – Aquí tengo su expediente y su perfil corresponde perfectamente a lo que Doña Claudia espera de la persona destinada a ocupar este puesto....

Jerónimo – ¿Mi perfil?... No sabía que tuviera un perfil... La verdad y, todo hay que decirlo, no soy alguien que interese a ningún jefe de personal.

Dominga abre el dossier y le echa un vistazo.

Dominga – Veamos... Aquí dice que es usted actor en paro desde hace dos años...

Jerónimo – En realidad, casi tres...

Dominga – El psicólogo de la oficina del INEM le describe como apático, resignado, con tendencia a la culpabilización y al desprestigio de sí mismo...

Jerónimo – ¿Y ese es el perfil que buscan para este puesto?

Ella prefiere no contestar

Dominga – Luego le pasaré sus tickets para el restaurante. ¿Quiere que le traiga un café, señor Carpintero, perdón, señor Zapatero?

Jerónimo – Gracias, pero tengo miedo de no poder dormir... Quiero decir, no poder dormir por la noche, claro...

Dominga – Está bien. Si necesita algo no tiene más que llamarme. Estaré ahí al lado. Tan sólo deberá pulsar el botón del interfono.

Jerónimo – ¡Ah! ¿Es que hay un interfono...? Igual que en las películas antiguas en blanco y negro.

Ella le ensaña cuál es la tecla.

Dominga – Como ve hay dos teclas de colores diferentes... El interfono es la de color verde...

Jerónimo – Perfecto...

Dominga – Tenga cuidado de no tocar la tecla roja. Es sólo para los casos de extrema urgencia.

Jerónimo trata de bromear para relajar el ambiente.

Jerónimo – O sea que se trata de una señal de alarma...

Dominga – Totalmente. Y, tenga cuidado porque como dicen en los trenes AVE, cualquier abuso será severamente castigado...

Jerónimo no sabe si la mujer habla en serio o en broma.

Dominga – Le dejo solo para que se instale.

Jerónimo – Muchas gracias, señorita...

La mujer sale. Jerónimo echa un vistazo a su alrededor. Finalmente se sitúa frente al retrato de un hombre y lo contempla con perplejidad. Coge lo que cree es un termo, lo hace pasar de una mano a otra y duda.

Jerónimo – Creo que sería mejor tomar un café, me espabilaría un poco. (*Mira de nuevo alrededor suyo*) No hay ninguna taza... (*Desenrosca el tapón*) Esto servirá.... (*Vuelca el contenido del supuesto termo en el tapón, pero no es café, sino ceniza lo que sale*) ¡Coño! Pero, ¿qué es esto?

Dominga vuelve a entrar en el despacho. Jerónimo intenta colocar el tapón pero lo que consigue es tirar las cenizas que forman una pequeña nube. Intenta disiparla agitando la mano. Dominga le lanza una mirada reprobadora. Parece un niño cogido en falta.

Jerónimo – Lo siento... Pensé... ¿Pero qué es esto? ¿La lámpara de Aladino? Pensé que iba a salir un genio diciéndome que pidiera tres deseos.

Dominga – Puede creerme. Ahí dentro no hay ningún genio. Pero, le pido por favor que no toque nada... (*Con mirada inquietante*) A Doña Claudia no le gustaría en absoluto... (*Recupera su sonrisa amable y le entrega un carnet*) Estos son sus tickets comedor...

Jerónimo – Muchas gracias...

Dominga (*mientras sale*) – Por cierto, Doña Claudia ha llamado. Llegará un poco tarde.

Jerónimo – Muy bien...

Dominga sale. Cada vez más cohibido, Jerónimo da la vuelta al despacho y se sienta en el sillón. Le sorprende su profundidad. Se yergue con el fin de adoptar una postura digna. Apoya los codos en la mesa, intentando adoptar la postura de un director. Descuelga el teléfono como para hacer algo importante. Intenta cambiarlo de sitio, pero está atornillado a la mesa. Bosteza. Opta por buscar una posición más cómoda y para ello coloca los pies sobre la mesa. Empieza a adormecerse pero el sonido estridente del teléfono le hace despertar sobresaltado. Sorprendido, se cae del sillón. Vuelve a levantarse y se dispone a descolgar.

Jerónimo – ¿Si...? No, no... Sí, sí, pásemela, gracias... Hola querida... Sí, sí, todo va bien, no te preocupes... Pues, de momento no me han echado... La verdad es que todavía no he visto a la jefa de servicio... En efecto, todavía no he empezado a trabajar. ¿Qué es lo que tengo que hacer? Mira, ni se me ha ocurrido preguntarlo... Imagino que doña Claudia me lo dirá... Sí, ese es el nombre de la jefa... Bueno, la verdad es que no sé si es su nombre o su apellido... De acuerdo, te llamaré en cuanto sepa algo más... ¡Que si...! No te pongas nerviosa! Seguro que te llamo. De acuerdo... Besos.

Duda un momento y presiona el botón del interfono.

Jerónimo – ¿Señorita. Dominga? Soy Jerónimo... Sí, el Jerónimo que está en el despacho junto al suyo. Muy bien. Perdona... Ya veo... Si... No vale la pena anunciarme cuando utilizo el interfono... De acuerdo... Si no es mucho pedir ¿sería posible tomar ese café que antes me propuso?... ¿Cuánta azúcar? Pues... digamos... tres... Sí tres terrones, si con ello no abuso de su amabilidad... Gracias, señorita Dominga.

Unos segundos más tarde, llega Dominga con el café.

Jerónimo – ¡Que servicio tan rápido...! Es usted más eficaz que el genio encerrado en ese termo...

Dominga le mira de soslayo antes de depositar el café en la mesa. Luego, recupera su aire sumiso.

Dominga – ¿Desea algo más?

Jerónimo – No, muchas gracias... (*Dominga se dispone a marcharse*) Bueno... Sí... ¿Quién es el tipo del retrato que hay junto al termo?

Dominga – ¿A qué termo se refiere?

Jerónimo – Pues ese que está ahí, el de la foto...

Dominga – Ah... Ese...

Jerónimo – Supongo que se trata del empleado del mes.

Dominga – Es su predecesor en el cargo.

Jerónimo – ¿Y dónde está ahora?

Dominga – En el termo.

Jerónimo – ¿En el termo?

Dominga – No es un termo. Es una urna funeraria.

Jerónimo – Ah... Sí... O sea que... Pero ¿De qué murió para que le encumbren de esa manera?

Dominga – Murió en el ejercicio de sus funciones.

Jerónimo – ¿De sus funciones?

Dominga – Las mismas de las que usted se va a hacer cargo.

Jerónimo – ¿El servicio post-venta?

Dominga – Así es.

Jerónimo – ¿Un accidente de trabajo?

Dominga – Podría decirse que así fue. ¿Desea algo más?

Jerónimo (*confuso*) – Eso es todo, por el momento...

Sale Dominga. Jerónimo se planta ante el retrato y lo examina con una nueva mirada inquieta. Luego, toma en su mano la urna, con delicadeza.

Jerónimo – O sea que lo que hay aquí dentro y por el suelo es usted carbonizado.

El botón rojo empieza a parpadear mientras suena también un timbre del sistema de alarma. Jerónimo, aterrorizado, no llega a descolgar cuando una mujer con aire de ejecutiva, entra en tromba. Cesa el sonido.

Claudia – O sea que ha sido usted...

Jerónimo – Bueno... ¿Yo?

Claudia le abofetea.

Claudia – Esto es como aperitivo.

Jerónimo (*atontado*) – Buenos días, señora...

Claudia – No sé si calificarle de pánfilo, o de inútil...

Jerónimo – Yo tampoco sé...

Claudia – O mejor aún, de tramposo o incompetente.

Jerónimo – ¿Se supone que debo elegir?

Claudio – ¿Eso es todo que tiene que decirme?

Jerónimo – Es que yo...

Claudia – Se merece que vuelva a abofetearle.

Jerónimo – No... Por favor...

Claudia – Usted no es consciente de la que me va a caer con todo esto.

Jerónimo – Le aseguro que lo siento muchísimo.

Claudia – “Lo siento muchísimo...”. ¿Me quiere tomar el pelo o qué?

Jerónimo – Le aseguro que no es esa mi intención.

Claudia – Por supuesto me va a decir que usted no tiene nada que ver en esto?

Jerónimo – Yo no diría tanto, pero...

Claudia – Ha sido cuestión de mala suerte, ¿no es así?

Jerónimo – La verdad es que... La verdad es que no sé a qué se refiere...

Claudia – Vamos, no se haga el inocente...

Jerónimo – Lo siento mucho.

Claudia – Y ahora, ¿Qué vamos a hacer?

Jerónimo – No tengo ni idea....

Claudia – Espero que me ofrezca alguna solución....

Jerónimo – Pues... La verdad...

Claudia – ¡Es usted un pobre hombre!

Jerónimo – Lo mismo dice mi mujer...

Claudia – Supongo que eso no le quitará el sueño...

Jerónimo – ¿Quiere un café?

Claudia – ¿Piensa que con un café me va a engatusar?

Jerónimo – Nada más lejos de mi intención.

Claudia – No crea que con ofrecerme un café va a hacer que me olvide de lo ocurrido.

Jerónimo – Lo siento.

Claudia – Es usted un cretino...

Jerónimo – ¡Pero si éste es mi primer día de trabajo!

Claudia – Y usted cree que un cretino puede debutar en un puesto como éste

Jerónimo – Pues... La verdad...

Claudia – Le predigo una carrera brillante!

Jerónimo – Muchas gracias.

Claudia – Nos veremos más tarde. Mucho antes de lo que usted piensa....

Jerónimo – Será un placer, señora...

Claudia – Espero no caer con usted.

Claudia duda, como si buscara algo. Se dirige hacia el cuadro, y lo rompe en la cabeza de Jerónimo. Sale, enfurecida. Jerónimo se queda pasmado, con el marco sobre los hombros. Dominga entra, como si no pasara nada. Recoge la taza vacía.

Dominga – ¿Todo va bien, Jerónimo?

Jerónimo – Pues si... Gracias...

Dominga – ¿Desea otra taza de café?

Jerónimo – De momento no...

Dominga se da cuenta de que tiene el marco sobre los hombros.

Dominga – ¿Le importa? (Se acerca a él, coge la fotografía y la vuelve a colocar en su sitio) No se preocupe. Harán una copia. Es algo habitual.

Jerónimo – ¿Algo habitual? ¿Pero quién es esa loca?

Dominga – ¿Ella? Pues se trata de su primera cita.

Jerónimo – ¿Mi primera cita?

Dominga – Doña Claudia le explicará...

Jerónimo – ¡Pues ya está bien! Su doña Claudia no me explica nada... ¡No estoy aquí para hacer que me machaquen!

Dominga – Pues... Sí...

Jerónimo – Usted me oculta algo.

Dominga – Es para lo que se le ha contratado, señor Zapatero. Lo mismo que a su predecesor.

Jerónimo – ¿O sea que estoy aquí para que me insulten y me peguen?

Dominga – Son los riesgos de la profesión.

Jerónimo – ¿Pero qué profesión?

Dominga – Esa por la que va a recibir un sueldo.

Jerónimo – ¿Y si no estoy de acuerdo?

Dominga – No piense que le van a pagar por no hacer nada, señor Carpint... perdón, Zapatero. Tiene que ser razonable... Le recuerdo que no tiene ningún futuro, tan sólo es un actor.

Jerónimo – Está bien. Pues, en ese caso, presentaré mi dimisión (*Se dispone a salir*) No me quedará ni un minuto más en esta casa de locos...

Dominga – Le ruego que espere a Doña Claudia (*Volviéndose a la puerta*) Justamente acaba de llegar...

Entra doña Claudia, la cliente que le abofeteó. Jerónimo se queda estupefacto al reconocerla.

Jerónimo – ¿Es usted Doña Claudia?

Claudia (*con amabilidad*) – Encantada, señor Zapatero.

Dominga – Les dejo...

Jerónimo – No entiendo nada... Esto es una pesadilla.

Claudia – Le pido perdón por haberle representado esta pequeña comedia. En realidad se trata del último reality test. Antes de su bautismo de fuego...

Jerónimo – Mi bautismo de...

Claudia – Considérelo como parte de las pruebas para contratarle, prueba que de la que ha salido victorioso. Le felicito de verdad.

Jerónimo – Se lo agradezco, pero ¿puede explicarme en qué consiste mi trabajo? Su secretaria no ha querido informarme.

Claudia – Pues, es muy sencillo. Enseguida lo comprenderá porque sé que es usted un hombre inteligente. Señor Zapatero, aunque la verdad es que su aspecto es de lo más vulgar y no tiene ningún diploma que demuestre que usted es un lince.

Jerónimo – Tengo un diploma de auditor libre de la academia Adams...

Claudia – Pues ese diploma le va a ser muy útil en su nuevo trabajo... Como sabe, somos un departamento de gestión para grandes fortunas.

Jerónimo – Ya...

Claudia – Es decir que nos ocupamos de multiplicar los ahorros de nuestras clientes ricas vendiéndoles todo tipo de productos financieros más o menos buenos.

Jerónimo – ¿Tan sólo mujeres?

Claudia – Le sorprenderá saber que el mayor porcentaje de riqueza nacional en España está en manos de las viudas. ¿Ha oído hablar de los Fondos de Pensión?

Jerónimo – Algo...

Claudia – Los fondos de pensión es el dinero de las jubilaciones y, por si no lo sabe, la mayor parte de los jubilados son viudas.

Jerónimo – Ya veo...

Claudia – Entonces podrá comprender por qué cuidamos particularmente a nuestra clientela femenina.

Jerónimo – Es lógico.

Claudia – Además las mujeres tienen también la enorme ventaja para nosotros de que no entienden nada sobre inversiones.

Jerónimo – A mí me pasa lo mismo....

Claudia – No tiene importancia. Yo tampoco entiendo mucho de ese tema. Bueno, creo que casi nadie sabe nada desde hace tiempo... La verdad es que, desde la muerte de mi marido...

Jerónimo – ¿Es usted viuda?

Ella señala con un gesto la fotografía que hay sobre el velador.

Claudia – Pues sí... Mi querido esposo hace tiempo que nos dejó...

Jerónimo – ¿Entonces este es su esposo?

Claudia mira el retrato y constata los desperfectos.

Claudia – ¿Qué es lo que ha ocurrido?

Jerónimo – Eso mismo iba a preguntarle yo.

Claudia – Es verdad... No sé qué me ocurrió hace un rato... Usted que es actor podrá comprenderme... Cuando se introduce uno en el personaje... Vamos que quise representar a nuestra clienta tipo.

Jerónimo – Pues estuvo bordada.

Claudia – En la Bolsa, como en el casino a la larga siempre gana la banca. El cliente no puede ganar siempre. Eso es lo que no acaba de comprender nuestra clienta tipo. ¿Comprende?

Jerónimo – Lo intento.

Claudia – Y, aunque parezca mentira, amigo mío: también hay crisis para los ricos.

Jerónimo – Lo comprendo.

Claudia – Y cuando los ricos son menos ricos, es su banco el que pierde.

Jerónimo – Es lógico.

Claudia – Que quede entre usted y yo, pero le confieso que el banco está a punto de quebrar.

Jerónimo – ¿No me diga?

Claudia – Como es evidente, el contribuyente nos pedirá socorro una vez más. No es que sea muy grave, pero... De otras se ha salido ¿no es cierto?

Jerónimo – Si usted lo dice...

Claudia – Pero la cliente tipo jamás verá su dinero. Es comprensible, entonces, que tenga que atacarnos.

Jerónimo – Sería lo normal.

Claudia – Y, que se desfogue con uno de nosotros... Y es ahí donde usted interviene.

Jerónimo – ¿Yo?

Claudia – Considere que es usted un sparring para millonarias arruinadas que tienen la irresistible necesidad de noquear al alguien.

Jerónimo – Tengo la impresión que ustedes quieren que me convierta en un saco de boxeo.

Claudia – Vamos, Jerónimo... Un hombre como usted! ¿No tendrá miedo de esas débiles mujeres?

Jerónimo – Perdone, pero no me veo en ese papel.

Claudia – Le recuerdo, señor Zapatero, que ha firmado un contrato...

Jerónimo – ¿Y por qué no las recibe usted? Al fin y al cabo se trata de clientes a las que ha arruinado.

Claudia – Porque como directora de esta sucursal, represento la continuidad de la institución financiera. Soy la responsable de todo pero, al igual que un ministro, no puedo tener culpa de nada salvo que comprometa gravemente la credibilidad de todos los que están por encima de mí. Incluso de la supervivencia de esta sociedad, señor Zapatero. ¡Mejor dicho, de la sociedad entera! A las personas importantes no se nos puede culpabilizar. Los que están al final de la escala son los que han de pagar por los demás. Y usted, Jerónimo, un pobre actor en paro, alguien que no tiene donde caerse muerto, es lo más bajo que hemos podido encontrar en la escala de los homínidos.

Jerónimo – ¿Y su marido?

Claudia – Mi marido, como ve, parecía un tanto retrógrado. Vamos, más o menos como usted.

Jerónimo – Ya veo...

Claudia – Al menos pase el período de prueba y luego, decida.

Jerónimo hace un gesto al retratado.

Jerónimo – Si es que todavía estoy vivo.

Claudia – Piense en su sueldo y en el problema de paro que hay en este país... También la crisis alcanza a los pobres, Jerónimo. Piense en su mujer. En sus hijos...

Jerónimo – No tengo hijos.

Claudia – Pues piense en su mujer. Imagine la cara que pondrá si al volver a casa le dice que le han echado de nuevo de un trabajo el primer día...

Jerónimo – Me lo está usted poniendo muy difícil...

Claudia – Estoy segura de que usted ha nacido para este puesto, señor Zapatero. Y, le aseguro que he visto desfilar por aquí a muchos candidatos. Usted ha tocado fondo. Desde ahí tan sólo puede remontar. ¿Le han dicho ya que tiene usted una jeta que apetece abofetear?

Jerónimo – Sí, mi mujer me lo dice con frecuencia, pero no creo que en su boca se trate de un cumplido...

Entra Dominga

Dominga – Acaba de llegar la siguiente cita para el señor... ¿La sigo entreteniendo?

Claudia – Vamos, pruebe usted otra vez. Creo que acabará por gustarle este trabajo.

Jerónimo – Espero que no sea otra prueba.

Dominga – No, puede creerme. Esta es una cliente de verdad y no parece que esté muy contenta.

Claudia – Buena suerte, Jerónimo....Y, recuerde: usted es el culpable de todo, pero el responsable de nada...

Sale Claudia. Dominga se acerca al velador, le da la vuelta al termo, como para ponerlo al derecho. Toma el cuadro y sale. El botón rojo empieza a parpadear. Salta la alarma. Entra Bernarda en tromba. Tiene pinta de burguesa adinerada.

Bernarda – ¡Hijo de perra! ¡Me ha dejado en la ruina total!

Jerónimo – Siéntese, por favor...

Bernarda mira, sorprendida, a su alrededor.

Bernarda – ¡No hay ninguna silla!

Jerónimo – Tiene razón. Ha hecho bien en decírmelo.

Bernarda – Porque si hubiera una la rompería en su cabeza.

Jerónimo – Seguramente por eso la han quitado.

Bernarda – Pues eso lo arreglo yo ahora mismo.

Abre su bolso Vuitton y saca una pistola con la que apunta a Jerónimo.

Bernarda – Si cree en Dios ha llegado el momento de rezar.

Jerónimo – Creo que será mejor que apriete el botón rojo. Ahora o nunca.

Pulsa el botón rojo con mano temblorosa.

Bernarda – No va a seguir haciéndose el chulito ¿verdad?

Jerónimo – Tenga cuidado, por lo que más quiera... Las carga el diablo...

Bernarda – Perfecto, sería una buena coartada... Se disparó sola, señor Juez.

Jerónimo – La verdad es que no sé lo que espera de mí

Bernarda – Quiero que me devuelva mi dinero.

Jerónimo – Por desgracia eso no está en mi mano, querida señora. Se lo juro por lo más sagrado... Tengo la culpa de todo, pero no soy responsable de nada.

Bernarda – Está bien... Entonces será mi muerte la que caiga sobre su conciencia.

Coloca en el arma en su sien. Jerónimo se echa a temblar.

Jerónimo – Por Dios, no lo haga... Tan sólo se trata de dinero..

Bernarda – De tres millones de euros, nada menos.

Jerónimo – La verdad es que...

Bernarda – A penas me queda nada para vivir.

Jerónimo – ¿Cuánto, más o menos?

Bernarda se relaja un poco.

Bernarda – Unos diez millones.

Jerónimo – Pues... la verdad es que no está nada mal.

Bernarda – Hoy en día no se puede ir muy lejos con diez millones, usted debe saberlo mejor que nadie.

Jerónimo – Pues yo... si quiere que le sea sincero...

Entra Claudia. Bernarda, sorprendida, vuelve a colocar la pistola en su sien.

Bernarda – ¡No se mueva o me salto el cerebro!

Claudia – Como jefa de servicio le aseguro, señora mía, que puedo ofrecerle toda nuestra solidaridad.

Bernarda – ¿Incluso la financiera?

Claudia – Quizá psicológicamente. Escuche, Genoveva... ¿Me permite que la llame por su nombre?

Bernarda – Si eso le divierte... Pero me llamo Bernarda...

Claudia – Acaba usted de perder tres millones de euros y, lógicamente, está en estado de shock.

Bernarda – Lógicamente.

Claudia – En realidad está usted tan perturbada como un ludópata que acabara de ganar el gordo de Navidad.

Bernarda – ¿Me está tomando el pelo?

Claudia – ¡Déjeme acabar! Tan perturbada sí, pero por todo lo contrario: debe usted aceptar que ya no es tan rica como antes.

Jerónimo – Todavía le quedan diez millones de euros...

Bernarda – ¡A usted nadie le ha dado vela en este entierro! De cualquier forma usted es el culpable final por su incompetencia en materia financiera. ¿O me equivoco?

Jerónimo – Yo... No...

Bernarda – Lo ve... ¡El muy imbécil hasta lo reconoce!

Claudia – De acuerdo, señora...Somos totalmente conscientes de las limitaciones de este hombre tan inútil como viscoso que, por desgracia, ha abusado tanto de su confianza como de la nuestra.

Bernarda – ¡Le faltan un par de huevos!

Claudia – Si, desgraciadamente y por razones legales bastante oscuras, no podemos ponerle de patitas en la calle, le aseguro que será duramente castigado.

Bernarda – ¿Y qué piensan hacer?

Claudia – En primer lugar le proporcionaremos unos cuantos castigos corporales. ¿No le parece que este tipo está pidiendo que se le abofetee?

Bernarda – Por supuesto...

Claudia, le larga un buen tortazo. Jerónimo se queda de piedra.

Claudia (*a Bernarda*) – Vamos, no se corte, péguele también... Se sentirá aliviada, se lo aseguro.

Bernarda – ¿Lo dice en serio?

Claudia – Confíe en mí, señora.

Bernarda la larga también un buen tortazo

Claudia – ¿Qué tal?

Bernarda – Tenía usted razón... Me siento mucho mejor...

Jerónimo – ¡Pues vaya forma de relajarse!

Claudia – Me pregunto, incluso, si no estará poseído por el demonio de las finanzas.

Claudia saca un crucifijo del bolsillo y lo dirige hacia Jerónimo.

Claudia – Jerónimo Kerviel, sal de ese cuerpo inmediatamente (*A Bernarda*) Siempre funciona, aunque el efecto no sea inmediato.

Bernarda – Creo que sería mejor que le quemaran en la hoguera, así estaríamos más seguros. Igual que se hacía antes con las brujas.

Claudia – Tiene razón... Podríamos pensar, incluso, incinerarle.

Suena el móvil de Bernarda.

Bernarda – ¡Ah si...! Le pido disculpas... En menos de 30 minutos estoy ahí... Hasta ahora (*Cuelga el teléfono*) Me van a perdonar... Era mi peluquero... Había olvidado que tenía cita esta mañana.. Claro que es comprensible dadas las circunstancias...

Claudia – La comprendo, señora.

Bernarda – Tengo que marcharme... ¡Con lo que cuesta conseguir una cita con Llongueras! Además, mi hija se casa mañana... Una pena que mi marido no pueda asistir a la boda de su niña...

Jerónimo – ¿Y eso?

Bernarda – Es que murió el pobre... Y, con respecto a usted, ya arreglaremos cuentas otro día. (*A Claudia*) Muchas gracias, Claudia. Me ha relajado mucho hablar con usted.

Claudia – Siempre a su disposición, señora. (*Sale Bernarda*) No ha estado nada mal para ser su primer bautismo de fuego... ¡Muy bien, Jerónimo, muy bien!

Jerónimo (*restregándose la casa*) – Si usted lo dice...

Claudia – Al menos ha salido bien de ésta. Cuando tienen tendencias suicidas, como es el caso, conviene canalizar su agresividad positivamente, dirigiéndolas hacia un tercero.

Jerónimo – Y ese tercero soy yo, claro...

Claudia – Estoy muy contenta con su trabajo. Si sigue así en tres meses podremos subirle el sueldo.

Jerónimo – La verdad es que no las tengo todas conmigo... ¿Se ha dado cuenta de que ha estado a punto de matarme?

Claudia – Pero, no lo ha hecho...

Jerónimo – ¡Además, me ha abofeteado...! ¡Y, no sólo ella, sino usted también!

Claudia – Quiero ser sincera con usted, señor Carpintero...

Jerónimo – ¡Zapatero!

Claudia – Y le pregunto ¿Qué espera usted de la vida con esa pinta de perdedor y un currículum que parece sacado de una carta de amor a los Reyes Magos?

Jerónimo – Si quiere que le sea sincero... No demasiado...

Claudia – Imagino que, en sus trabajos precedentes se habrá llevado más de una reprimenda ¿No es así?

Jerónimo – ¿Mis otros trabajos?

Claudia – Esa jeta que usted tiene está pidiendo un buen tortazo. Imagino que se habrá llevado más de un buen pescozón cuando estudiaba...

Jerónimo – ¿Cuándo estudiaba?

Claudia – Por lo mismo aquí se le pagará por ello y, además gozará del respeto de las altas jerarquías del banco.

Jerónimo – Jugándome el tipo, claro...

Claudia – Razón por la cual se le considerará un héroe... Qué digo héroe... Mucho más que eso... ¡Una divinidad! Le apuesto que con su cara de culo llegará mucho más lejos que si cantara en el coro de una iglesia. ¿O me equivoco?

Jerónimo – Está usted en lo cierto...

Claudia – Ahora, rebobine... ¡Soy el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo! Si es usted capaz de asumir los descabros de este banco, ¡podríamos considerarle nuestro Jesucristo! Además, las iniciales coinciden...

Jerónimo – ¿Qué iniciales?

Claudia – J.C.... Jerónimo Carpintero

Jerónimo – Señora... ¡Que me llamo Zapatero!

Claudia – Está bien... Eso poco importa... Los hechos, son los hechos...

Jerónimo – Claro.

Claudia – En verdad le digo, señor Zapatero, que usted estaba predestinado a ocupar el cargo de chivo expiatorio... Por lo tanto, ¡Sea bienvenido entre nosotros!

Sale Claudia. Jerónimo se arrebuja en su sillón. Está perplejo. Entra Bernarda seguida de Claudia. Jerónimo se pone en pie, como movido por un resorte.

Bernarda – Una última cosa...

Jerónimo – Lo que usted quiera, señora.

Bernarda – Es usted realmente un calzonazos...

Bernarda le da otro tortazo.

Claudia – Vamos, Jerónimo... ¡Ponga la otra mejilla!

Jerónimo obedece. Bernarda le abofetea de nuevo.

Bernarda – Desde luego, esto alivia.

Claudia – Por supuesto, señora. También puede darle una patada en el culo. Eso la relajará mucho más, si cabe.

Bernarda – ¿Seguro que puedo hacerlo?

Claudia – Por supuesto... Vamos, Jerónimo...

Jerónimo (*dándose la vuelta*) – ¿Así está bien?

Bernarda – Perfecto.

Le da la patada.

Claudia – Adiós, señora. Perdone que no le acompañe a la puerta. Sin duda conoce muy bien el camino... Y, vuelva cuando lo desee. Siempre será bien recibida. (*Sale Bernarda*) Le ha cogido cariño...

Jerónimo – ¿Cree usted que volverá con frecuencia?

Claudia – Me recuerda a mi marido... Quizá acabe casándome con usted... Cualquiera sabe...

Jerónimo – Pero, si yo ya estoy casado...

Claudia – De cualquier forma, le felicito. Estoy muy contenta con usted. Acaba de convertirse en un auténtico hombre de paja!

Jerónimo – Gracias...

Claudia – Estoy segura de que acabará cogiéndole el gusto.

Jerónimo – No sé yo... Todavía lo de los tortazos tiene un pase, pero un tiro... Posiblemente sea un chivo expiatorio, pero no tengo la intención de que se me cace como a un conejo.

Claudia – También los inspectores de trabajo se la juegan y siempre hay patadas para ocupar ese puesto... ¡Estamos en crisis, Jerónimo! Al menos nuestros clientes utilizan pistolas de pequeño calibre. Armas que pueden guardarse en un bolso Vuitton...

Jerónimo – Se nota que no está usted en mi lugar...

Claudia – Por supuesto... Le pago para estar en mi lugar... Escuche, usted me ha caído simpático, por lo tanto le voy a ofrecer algo: una prima por cada par de tortazos y un bono por cada herida de bala. ¿Qué le parece?

Jerónimo – Que preferiría un chaleco antibalas...

Claudia – Vamos, señor Zapatero... Los grandes funambulistas trabajan sin red y eso es lo que les hace grandes en su trabajo. ¡Usted es un artista!

Sale Claudia. Suena el teléfono

Jerónimo – Hola, querida... ¿Que tengo una voz rara? Sí, todo va bien... Se trata de una especie de... Vamos, es algo difícil de explicar... Acabo de recibir a la primera clienta... Bien, sí... Eso es lo que dice la jefa de servicio... Pues sí... ¿Por qué no...? Me acaban de entregar los tickets restaurante... Hasta ahora, entonces... (*Cuelga*) No sé cómo me he atrevido a decirle que todo iba bien...

Entra Dominga vestida con una bata blanca, tipo enfermera. Lleva un vaso en la mano que deposita en la mesa.

Dominga – ¿Cómo va eso, Jerónimo? ¿Tiene algo roto?

Jerónimo – No... Creo que no...

Dominga – De cualquier forma voy a auscultarle. Se trata de un reconocimiento rutinario, no se preocupe. Póngase en pie, por favor.

Se levanta. Le examina a fondo ayudándose con algunos instrumentos que lleva alrededor del cuello o en los bolsillos de la bata.

Dominga – Abra la boca y saque la lengua, por favor... Gracias... Inclínese un poco hacia adelante y diga treinta y tres millones... Perfecto... Todavía está usted en forma para el trabajo... ¡Estupendo! (*Le entrega una pastilla y el vaso de agua*) Tómese esto. Le sentará bien.

Jerónimo – Espero que no sea venenoso.

Dominga – ¡Vamos Jerónimo! ¿Por qué íbamos a envenenarle?

Se toma la píldora sin rechistar.

Jerónimo (*señalando el cuadro*) – ¿Y De qué murió?

Dominga – ¿Se refiere a él?

Jerónimo – Sí, al tipo del termo.

Dominga – Pero ¿qué le hace pensar que hay alguien encerrado en ese termo?

Jerónimo – Usted misma lo dijo hace un rato.

Domingo – ¿Qué yo le dije que había alguien encerrado en ese termo?

Jerónimo – Es que no tiene pinta de ser realmente un termo.

Dominga – ¿Entonces por qué se empeña en que hay alguien dentro?

Ella coge el vaso vacío, se dirige al termo y lo llena de café ante la estupefacción de Jerónimo

Dominga – ¿Le apetece un cafetito para contrarrestar el mal sabor de la medicina?

Jerónimo – No, muchas gracias...

Dominga – Pues me lo beberé yo... (*Vacía el vaso*) Como ve, tampoco está envenenado... Aunque la verdad es que está un poco frío...

Jerónimo se queda de piedra. Empieza a dudar de su cordura. Entra Marisa, una persona vulgar, nada elegante. Este personaje puede ser interpretado por la misma actriz que interpreta a Bernarda.

Dominga – ¡Una nueva visita! (*Al público*) No parece que esté de muy buen humor...

Jerónimo – Es mi esposa.

Dominga – Entonces se la dejo... He querido decir, les dejo...

Dominga sale. María la mira con aire desafiante.

Marisa – ¿Tienes una secretaria para ti solito?

Jerónimo – Tiene gracia, ¿a que sí?

Marisa – ¿Y un despacho individual?

Jerónimo – No está nada mal ¿verdad?

Marisa – Ya te decía yo que tenías que abandonar la tontería del teatro para encontrar un trabajo normal...

Jerónimo – Tienes razón...

Marisa – ¿Y qué tal?

Jerónimo – La verdad es que no sé qué decirte.

Marisa – Eso significa que te van a echar... No, si ya sabía yo que tu...

Jerónimo – No son ellos, soy yo el que no estoy seguro de querer quedarme.

Marisa – ¿Estás de broma?

Jerónimo – Es que... Son agresivos...

Marisa – ¿Qué son agresivos? También lo es mi jefe.

Jerónimo – ¿No me digas?

Marisa – Y mis compañeros... Los clientes... Todos son agresivos. Todo el mundo es agresivo... Pero hay que aguantar para ganarse la vida!

Jerónimo – Pero cuando yo digo que me agreden es que me agreden físicamente, ¿comprendes?

Marisa – ¿No me digas que te pegan?

Jerónimo – Me abofetean.

Marisa – ¿De verdad?

Jerónimo – Incluso me dan patadas en el culo...

Marisa – ¿Y eso te lo has inventado para justificar que quieres dejar el trabajo?

Jerónimo – ¡Todo lo que te digo es cierto!

Marisa – Te prevengo, Jerónimo, que esta es tu última oportunidad. Si no eres capaz de conservar este puesto de trabajo, se acabó. Yo me largo.

Jerónimo – No te pongas nerviosa querida. Era hablar por hablar. Te aseguro que seguiré trabajando aquí.

Marisa – ¿Lo prometes?

Jerónimo – Te lo prometo con la mano en... la cabeza de mi predecesor...

Marisa – Pues bien, te creo. Entonces, me largo.

Jerónimo – ¿Pero no íbamos a comer juntos? Tengo tickets restaurante...

Marisa – Lo siento. Otra vez será. Había olvidado que le prometí a mi madre comer con ella.

Jerónimo – Una pena...

Marisa – Hoy es lunes... Ya sabes que los lunes como con mamá.

Jerónimo – Es verdad... Lo siento. Suerte.

María – También para ti...

Se dirige a la salida

Marisa – Por cierto, podrías pasarme los tickets restaurante ya que no los vas a utilizar.

Jerónimo – Por supuesto, querida. Aquí los tienes.

Jerónimo le entrega el carnet de tickets.

Marisa – Gracias... Entonces me voy. Hasta la noche.

Jerónimo – Sí... Hasta luego.

Marisa – Y... ¡que comas bien!

Entra Dominga con varias cartas

Dominga – No parece muy simpática su señora.

Jerónimo – Hay que saber llevarla...

Dominga – Aquí tiene su correo...

Lo deja sobre la mesa.

Jerónimo – ¿También tengo correo?

Dominga – Por supuesto.

Echa un vistazo a los sobres.

Jerónimo – ¿Pero qué es esto?

Dominga – Cartas con insultos, principalmente. Amenazas, por supuesto... Algunas podrían tener explosivos, pero son las menos. Además, no tiene obligación de abrirlas. ¿Quiere que me las lleve?

Jerónimo – Sí, por favor... Y, muchas gracias.

Dominga – Está bien, señor Zapatero... Si me permite abriré al menos una o dos antes de entregarlas al departamento anti-explosivos. Algunas tienen cierta gracia. No debería hacerlo, pero a veces no resisto a la tensión de leer algunas de ellas...

Dominga retoma las cartas y se va. Jerónimo se arrebujaba en su asiento e intenta relajarse. Se escucha una explosión.

Jerónimo – La curiosidad es un gran defecto...

Pero Jerónimo apenas tiene tiempo de relajarse cuando el botón rojo empieza a parpadear y a sonar la alarma. Entra en el despacho Magdalena, una especie de nueva rica vulgar. También este personaje puede ser encarnado por la misma actriz que interpretó a Bernarda y María.

Magdalena (secamente) – Buenos días.

Jerónimo – Buenos días señora. ¿Le apetece pegarme ya o prefiere insultarme antes?

Magdalena (sorprendida) – Le aseguro que su cara de imbécil es una tentación para liarme a tortazos con usted.

Jerónimo – Pues no se reprima, señora. Seguro que lo merezco.

Magdalena – La verdad es que yo...

Jerónimo – Al menos deme una buena patada en la espinilla. Tengo que justificar mi sueldo.

Magdalena – Perdona, pero no comprendo nada... Gracias a sus consejos he conseguido multiplicar mi capital por tres en dos años.

Magdalena le tiende la mano, pero él se resiste, como en espera de recibir un tortazo.

Magdalena – Me llamo Magdalena.

Vuelve a tenderle la mano y se la acepta.

Jerónimo – He olvidado su nombre... ¿Me dijo...señora Bizcocho?

Magdalena – ¿Está usted hambriento?

Jerónimo – No... ¿Por qué lo pregunta?

Magdalena – Porque me ha llamado señora Bizcocho y no Magdalena.

Jerónimo – Sí, quizá tenga usted razón... Ya es la hora de comer y claro...

Magdalena – Bueno, dejemos eso. La verdad es que he venido a agradecerle su ayuda y... mire, lo he traído unos caramelos.

Abre el bolso y saca una caja de caramelos y se la tiende. Jerónimo está totalmente sorprendido y asustado, lanzando al suelo la caja y su contenido.

Jerónimo – ¡No quiero sus caramelos!

Magdalena – Lo siento. De haberlo sabido le hubiera traído bombones. ¿Le gusta el chocolate?

Jerónimo – Mire, déjelo... No tengo tiempo para estas cosas...

Magdalena – ¿Y unas flores?

Jerónimo – ¿Acaso piensa que no tengo nada más que hacer?

Magdalena – No, por supuesto, pero...

Jerónimo – Además, ¿se da cuenta de lo que dice?

Magdalena – No sé de qué me habla...

Jerónimo – Es usted tres veces más rica que antes... ¿Puede explicarme qué hizo para conseguirlo?

Magdalena – Pues... Nada...

Jerónimo – ¿Y no le da vergüenza?

Magdalena – No... La verdad...

Jerónimo – ¡Venga, acérquese...!

Magdalena obedece, se tumba sobre las rodillas de Jerónimo y éste le da un azote.

Jerónimo – ¿Le da o no le da vergüenza?

Magdalena – Quizá... un poquito...

Jerónimo – Pues bien... ¡Márchese de una vez!

Magdalena – Está bien, señor Zapatero...

Magdalena sale, apenada. Entra Dominga, en tromba, con la cara chamuscada por la explosión de uno de los sobres trampa.

Jerónimo – ¿Y ahora qué?

Dominga – Lo siento mucho. Por supuesto se trata de un error porque, de costumbre, tan sólo piden cita las clientas insatisfechas. Además, como puede ver, mi estado es bastante traumático.

Entra Claudia. Dominga se eclipsa.

Jerónimo – Estoy muy confuso. Pensé que... La verdad es que me parece que me he pasado un poco.

Claudia – En efecto (*Dubitativa*) Nunca pensé que bajo esos aires de perro machacado se escondiera un verdadero pitbull...

Jerónimo – ¿Me va a poner de patitas en la calle? A mi mujer le gustaría que conservara este trabajo.

Claudia – ¿Echarle? Nada de eso! Además la última clienta salió encantada de este despacho. Incluso está dispuesta a confiarnos todos sus ahorros.

Jerónimo – ¿No me diga?

Claudia – Me estoy planteando el hecho de ampliar el perímetro de sus competencias.

Jerónimo – ¿Mis competencias?

Claudia – Pero antes tendrá que pasar un test para comprobar que efectivamente cumple las expectativas necesarias. (*Claudia empieza a desnudarse y se lanza sobre él*) Yo también he tenido suculentas ganancias, Jerónimo... Creo que merezco un buen castigo...

Pulsa el botón rojo que empieza a oscilar, mientras suena la alarma.

Oscuro

Luz

Claudia vuelve a vestirse. Jerónimo también se ajusta la ropa. Dominga entra con un nuevo retrato que cuelga de la pared en lugar del antiguo: un Cristo crucificado. Jerónimo se acerca al retrato y lo observa.

Jerónimo – ¡Pero si soy yo!

Dominga – ¡Usted es el empleado del mes!

Claudia – Estará contento ¿verdad?

Dominga – Su mujer va a sentirse orgullosa de usted, señor Zapatero.

Jerónimo está desconcertado.

Claudia – Acabamos de enterarnos que nuestro banco ha quebrado

Dominga – Las viudas arruinadas, se aglomeran contra las rejas de la agencia.

Claudia – Hay que encontrar rápidamente la fórmula para calmarlas.

Jerónimo – Ya veo... Tendré trabajo en abundancia.

Dominga – No creo que eso baste.

Claudia – Habrá que pensar en algo excepcional.

Dominga – Un gesto simbólico.

Claudia – Puedo decirle, Jerónimo, que incluso está en juego la supervivencia de nuestro sistema bancario.

Jerónimo – Se trata de una pesadilla ¿verdad?

Claudia (*a Dominga*) – Vaya a buscar la hoz y el martillo!

Dominga – Habrá querido decir, el martillo y los clavos, supongo

Claudia – ¡Haga lo que le digo! (*Sale Dominga*) Habrá que echarle mucho valor, Jerónimo.

Se enciende la señal roja y salta la alarma.

Oscuro

Luz

Jerónimo duerme reclinado en su sillón. Suena el teléfono. Se despierta sobresaltado y descuelga.

Jerónimo – ¿Sí...? ¿Es usted Dominga? Sí, claro, de acuerdo... No, voy tirando.. Me adormilé un rato y tuve una pesadilla.

Se levanta todavía un poco aturdido, se dirige al pedestal y coge el termo.

Jerónimo – Necesito un café...

Inclina el termo para servirse el café en el vaso del mismo pero tan sólo surge un humo blanco que se extiende por el escenario, bañado por una luz irreal, mientras resuena una voz que puede ser la de Claudia.

Claudia – Tiene derecho a pedir un deseo, señor Carpintero...

Jerónimo – Me llamo Zapatero....

Claudia – Tanto da.

Jerónimo – Además, normalmente se piden tres deseos...

Claudia – Recuerde que estamos en crisis, señor Zapatero..

Jerónimo – ¿Un solo deseo...? Veamos... ¿Me pueden traer un café?

Oscuro

Luz

Jerónimo duerme en su sillón. Entra Marisa en el despacho y le ve.

Marisa – ¿Jerónimo?

Jerónimo – ¿Marisa? Pero... ¿Qué haces tú aquí...?

Marisa – Le pedí a tu secretaria que me anunciara, pero como no contestabas...

Jerónimo – Perdona.. Me quedé adormilado un instante.

Marisa – ¿Has olvidado que teníamos que comer juntos?

Jerónimo – Pues sí... Naturalmente... Ya estoy listo... ¿Vamos?

Marisa – Sí... Vamos... Pero, ¿estás bien?

Jerónimo – No ocurre nada... Cosas de la rutina...

Marisa – De acuerdo...

Se disponen a salir.

Jerónimo – La verdad es que acabo de tener un sueño increíble... No puedes ni imaginar lo que he soñado...

Marisa – ¿Y eso?

Jerónimo – No vas a creerme, pero soñé que estaba casado contigo.

Marisa – Pero Jerónimo... Si yo soy tu mujer.

Jerónimo – ¿No me digas....? Entonces me parece que la pesadilla todavía no ha terminado...

Salen.

Oscuro

FIN

El autor

Jean-Pierre Martinez es autor teatral y guionista francés de origen español. Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, sube al escenario primero como baterista en diversos grupos de rock, antes de hacerse semiólogo para la publicidad. Luego trabaja como guionista para la televisión, y vuelve al teatro como autor. Ha escrito más de 60 guiones para distintas series de la televisión francesa, y 100 comedias para el teatro. Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia, y varias de sus obras han sido ya traducidas en español y en inglés.

Es licenciado en literatura española e inglesa (Sorbonne), en lingüística (Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales), en economía (Institut d'Études Politiques de Paris), y en escritura de guiones (Conservatoire Européen d'Écriture Audiovisuelle). Jean-Pierre Martinez ha escogido ofrecer todos los textos de sus obras para descargar gratuitamente en su web:

<https://comediatheque.net/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español:

Comedias para 2

El Joker
El Último Cartucho
EuroStar
Los Náufragos del Costa Mucho
Zona de turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
Plagio
Por debajo de la mesa
Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Después de nosotros el diluvio
Foto de Familia
Sin flores ni coronas
Strip Poker
Un Ataúd para Dos

Comedias para 5 o 6

Crisis y Castigo
Pronóstico reservado

Comedias para 7 a 10

Bar Manolo
El pueblo más cutre de España
Milagro en el Convento de Santa María-Juana

Comedias de sainetes (sketches)

Breves del tiempo perdido
Ella y Él
Muertos de la Risa

*Este texto está protegido por las leyes
relativas al derecho de propiedad intelectual.
Toda copia es susceptible de una condena,
hasta de 300 000 euros y 3 años de prisión.*

París - Octubre de 2016
© La Comédiathèque - ISBN 978-2-37705-016-1
<https://comediatheque.net>